

# “TENED ENTRE VOSOTROS LOS MISMOS SENTIMIENTOS QUE TUVO CRISTO” (FIL 2,5) UNA LITURGIA QUE CONFIGURA A CRISTO

JUAN JOSÉ SILVESTRE\*

SUMARIO: I. *Liturgia que conforma a Cristo*. II. *Conformación a Cristo y ars celebrandi*. 1. Epifanía de un *Ordo Missae* celebrado desde Cristo. 2. *Ars celebrandi* que facilita el encuentro de amistad con Dios. 3. *Ars celebrandi* que es oración, diálogo con Dios que no olvida a los hermanos. 4. Conocer la estructura del encuentro con Dios ayuda el *ars celebrandi* y por tanto a nuestra configuración con Cristo. 5. *Ars celebrandi* cuando el cuerpo dialoga con Dios. 6. El verdadero *ars celebrandi* convierte el silencio en oración. III. *Síntesis*.

## INTRODUCCIÓN

Han transcurrido casi 60 años desde que el Concilio Vaticano II, siguiendo los pasos del movimiento litúrgico y del magisterio anterior, proclamaba con fuerza en la constitución *Sacrosanctum concilium* que los cristianos no podían seguir asistiendo al misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones participarán consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada: dejándose instruir por la Palabra de Dios, fortaleciéndose en la mesa del Señor, dando gracias y aprendiendo a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la Hostia inmaculada.<sup>1</sup>

Las palabras de este número 48 de la constitución conciliar recogen la famosa expresión: «*per ritus et preces*» que leída en su contexto muestra la gran importancia de ambos, ritos y oraciones: elementos que permiten comprender bien el misterio y hacer posible la participación en la acción sagrada. En este artículo que-remos desarrollar y profundizar, siguiendo el magisterio de los últimos Romanos Pontífices, esta intuición conciliar.

Como marco y a la vez puerta de ingreso en este estudio proponemos unas palabras de la instrucción *Redemptionis sacramentum*, en estrecha relación con la expresión «*per ritus et preces*» apenas citada. Se trata del número 5 de esta instrucción: «las palabras y los ritos litúrgicos, que son expresión fiel, madurada

\* Pontificia Università della Santa Croce, Roma.

<sup>1</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, const. *Sacrosanctum Concilium*, 4.XII.1963, n. 48.

a lo largo de los siglos, de los sentimientos de Cristo y nos enseñan a tener los mismos sentimientos que él (cfr. Flp 2, 5); conformando nuestra mente con sus palabras, elevamos al Señor nuestro corazón».<sup>2</sup>

Adquirir los sentimientos de Cristo es todo un programa de vida que la liturgia hace posible ya que, como afirma el Papa Francisco, la liturgia por ser obra de Cristo, «impulsa desde dentro a revestirse de los mismos sentimientos de Cristo, y en este dinamismo toda la realidad se transfigura».<sup>3</sup> Trataremos de desarrollar esta idea a lo largo de este trabajo.

## I. LITURGIA QUE CONFORMA A CRISTO

¿Cómo el hombre, que desea la unión con Dios y a la vez experimenta el lastre de su pecado, intuye y se prepara, tal vez sin saberlo, a participar al Misterio de Cristo? Podríamos decir que Jesucristo con su vida, especialmente con su pasión, muerte, resurrección y ascensión, con su Misterio pascual, hace posible el perdón de los pecados y la comunión con Dios. Partiendo de esta realidad, una vez abiertas las puertas a la unión con Dios, podemos atravesar su umbral: y lo hacemos en la Iglesia donde, hechos uno con Cristo por la acción del Espíritu Santo, accedemos al diálogo con el Padre. La liturgia, la Eucaristía, es el medio para lograrlo.

«Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Flp 2, 5). Estas palabras del Apóstol de las gentes permiten explicar el alma sacerdotal y la participación en el único sacerdocio de Cristo por parte de sacerdotes y fieles: se trata de adquirir los sentimientos de Cristo y es la liturgia la que lo hace posible.

Esto supone que, para un cristiano, cualquier aspecto de su vida debería ser inseparable del pensar, meditar, hacer proyectos que se adecuen a los sentimientos de Jesús. «El verbo griego “*froneo*” que emplea san Pablo (Flp 2, 5) y que traducimos por la idea de “compartir los sentimientos”, recuerda el vínculo que, en un mismo Cuerpo, une a Cristo Cabeza con nosotros, sus miembros».<sup>4</sup> De ahí que «nuestro vivir diario en nuestro cuerpo, en las cosas pequeñas, debería estar inspirado, impregnado, inmerso en la realidad divina, debería convertirse en acción juntamente con Dios. Esto no quiere decir que debemos pensar siempre en Dios, sino que debemos estar realmente penetrados por la realidad de Dios, de forma que toda nuestra vida (...) sea liturgia, sea adoración».<sup>5</sup>

<sup>2</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instr. *Redemptionis sacramentum*, 25.III.2004, n. 5.

<sup>3</sup> FRANCISCO, *Mensaje a los participantes al simposio “Sacrosanctum Concilium. Gratitud por un gran movimiento eclesial”*, 18.II.2014.

<sup>4</sup> G. DERVILLE, *Amor y desamor*, Rialp, Madrid 2015, 66-67.

<sup>5</sup> BENEDICTO XVI, *Lectio divina en el Seminario romano mayor*, 15.II.2012.

Como recuerda san Juan Pablo II, «participando en el sacrificio de la cruz, el cristiano comulga con el amor de entrega de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida». <sup>6</sup> Por eso afirma Papa Francisco: «la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* define la liturgia como “la primera y más necesaria fuente en la que los fieles beben el espíritu verdaderamente cristiano” (n. 14). Esto significa reafirmar el vínculo esencial que une la vida del discípulo de Jesús y el culto litúrgico. Esto no es ante todo una doctrina que se debe comprender, o un rito que hay que cumplir; es naturalmente también esto pero de otra forma, es esencialmente distinto: es una fuente de vida y de luz para nuestro camino de fe». <sup>7</sup>

Aunque suponga una breve digresión querría subrayar la atención al sentido de los ritos que se ha hecho presente con frecuencia en el Magisterio de la Iglesia durante el siglo XX. Pío XII dice al respecto: «La liturgia no es una parte solo externa y sensible del culto divino o un ceremonial decorativo; ni se equivocan menos los que la consideran como un mero conjunto de leyes y de preceptos con que la jerarquía eclesíastica ordena el cumplimiento de los ritos». <sup>8</sup> En esta misma línea, recuerda la doctrina conciliar de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*: en la liturgia, «obra por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno. Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En este ejercicio, los signos sensibles significan y cada uno a su manera realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro». <sup>9</sup>

La liturgia es, por consiguiente, «el lugar privilegiado del encuentro de los cristianos con Dios y con quien Él envió, Jesucristo». <sup>10</sup> Un encuentro que «se expresa como un diálogo, a través de acciones y palabras», <sup>11</sup> bajo los signos visibles que usa la sagrada liturgia, escogidos por Cristo o por la Iglesia, significando realidades divinas invisibles. <sup>12</sup>

<sup>6</sup> JUAN PABLO II, Carta enc. *Veritatis splendor*, 6.VIII.1993, n. 107.

<sup>7</sup> FRANCISCO, *Homilía III Domingo de Cuaresma*, 7.III.2015.

<sup>8</sup> PÍO XII, Carta enc. *Mediator Dei*, 20.XI.1947, DH n. 3843.

<sup>9</sup> CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 7. La misma idea ha sido recogida en *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1070, 1089. Parece interesante notar que el texto latino dice: «*Merito igitur Liturgia habetur veluti Iesu Christi sacerdotalis muneris exercitatio, in qua per signa sensibilia significatur et modo singulis proprio efficitur...*» El antecedente de *qua* entendemos que es *exercitatio* y de este modo resulta claro que las acciones litúrgicas son ejercicio del sacerdocio de Cristo por medio de signos sensibles.

<sup>10</sup> JUAN PABLO II, Carta apost. *Vicesimus quintus annus*, 4.XII.1988, n. 7.

<sup>11</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1153.

<sup>12</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 33.

Las palabras y los gestos de la liturgia tienen una importancia particular que reclama la participación interior de los fieles. Para ejemplificar esta idea nos pueden servir las palabras de un santo del siglo XX: «Me viste celebrar la Santa Misa sobre un altar desnudo –mesa y ara–, sin retablo. El Crucifijo, grande. Los candeleros recios, con hachones de cera, que se escalonan: más altos, junto a la cruz. Frontal del color del día. Casulla amplia. Severo de líneas, ancha la copa y rico el cáliz. Ausente la luz eléctrica, que no echamos en falta. –Y te costó trabajo salir del oratorio: se estaba bien allí. ¿Ves cómo lleva a Dios, cómo acerca a Dios el rigor de la liturgia?». <sup>13</sup> Y comenta Arocena: «el texto refleja la sensibilidad mistagógica del autor: los signos del misterio de Cristo conducen a Él. Vivida con autenticidad, la celebración constituye la mediación y, a la vez, la catequesis más elocuente de su misterio». <sup>14</sup>

Este mismo santo dirá en su predicación: «Permitidme que os recuerde lo que en tantas ocasiones habéis observado: el desarrollo de las ceremonias litúrgicas. Siguiéndolas paso a paso, es muy posible que el Señor haga descubrir a cada uno de nosotros en qué debe mejorar, qué vicios ha de extirpar, cómo ha de ser nuestro trato fraterno con todos los hombres». <sup>15</sup> En cierto sentido se puede afirmar que en esta homilía “habla” a los fieles sobre la Misa, no de un modo discursivo, sino “mistagógico”, desde los ritos. <sup>16</sup> Es lógico que sea así pues la extensa y profunda realidad de los efectos espirituales de la Santa Misa no debe discurrir de modo autónomo e independiente de los textos y ritos que jalonan la celebración. <sup>17</sup>

Volviendo al hilo del discurso señalamos que, en ese camino de conformación de la mente y corazón a las palabras y ritos de la liturgia para adquirir los sentimientos de Cristo, resultan fundamentales las virtudes de la obediencia y la humildad. En palabras de Guardini: «la liturgia exige humildad. Humildad, en su aspecto de renuncia a la propia personalidad, de sacrificio de su soberanía; y en su concepto de acción o prestación, que consiste en que el individuo acepte voluntariamente toda una vida espiritual que se le ofrece fuera de él y que sobrepasa los estrechos confines de su vida». <sup>18</sup>

<sup>13</sup> J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino, Edición crítico-histórica preparada por P. RODRÍGUEZ, Rialp, Madrid 2004*<sup>3</sup>, n. 543.

<sup>14</sup> F.M. AROCENA, *Liturgia: visión general en J.L. ILLANES (a cura di), Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer, Monte Carmelo, Burgos 2014*<sup>2</sup>, 749.

<sup>15</sup> J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa, Edición crítico-histórica preparada por ANTONIO ARANDA, Rialp, Madrid 2013*, n. 88c. Un comentario teológico-litúrgico a esta homilía en J.J. SILVESTRE, *Aprender en la Misa a tratar a Dios. Reflexiones sobre la liturgia de la Santa Misa a la luz de algunos escritos de san Josemaría*, «Romana» 63 (2016/II), 390-403.

<sup>16</sup> Cfr. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición crítico-histórica*, n. 529, 678, nota 11.

<sup>17</sup> Cfr. J.A. ABAD, *Liturgia y vida espiritual en ILLANES, Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, 757.

<sup>18</sup> R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia* (orig. 1918). Utilizamos la traducción publicada en Cuadernos Phase, n. 100, CPL, Barcelona 2000<sup>2</sup>, 31.

La unión de estas dos virtudes, obediencia y humildad filial, es siempre necesaria, pero las circunstancias actuales la exigen de manera especial. Las normas litúrgicas anteriores a la reforma litúrgica determinaban con precisión, hasta en detalles mínimos, el modo de cumplir cada rúbrica; actualmente son mucho más flexibles, por lo que la dignidad del culto y el bien espiritual de los fieles dependen en mayor medida de la humildad para conformarse a Cristo y de la obediencia llena de amor de quienes las cumplen.<sup>19</sup>

Se entiende así que los sacerdotes, y en cierto sentido todos los bautizados en cuanto participan del sacerdocio de Cristo por el sacerdocio común, han de ser «conscientes de que nunca deben ponerse ellos mismos o sus opiniones en el primer plano de su ministerio, sino a Jesucristo. Todo intento de ponerse a sí mismos como protagonistas de la acción litúrgica contradice la identidad sacerdotal. Antes que nada, el sacerdote es servidor y tiene que esforzarse continuamente en ser signo que, como dócil instrumento en sus manos, se refiere a Cristo. Esto se expresa particularmente en la humildad con la que el sacerdote dirige la acción litúrgica, obedeciendo y correspondiendo con el corazón y la mente al rito, evitando todo lo que pueda dar precisamente la sensación de un protagonismo suyo inoportuno».<sup>20</sup>

En realidad, «las palabras para dirigirnos a Dios no las tenemos por nosotros mismos, sino que nos han sido concedidas: el Espíritu Santo mismo ya ha formulado palabras de oración para nosotros; podemos penetrar en ellas, orar con ellas, aprendiendo así también la oración personal, aprendiendo cada vez más “a Dios” para tener certeza de él, aunque calle; para alegrarnos en Dios».<sup>21</sup> Se podría decir que la virtud de la humildad es virtud *sine qua non* para entender y hacer vida propia la celebración eucarística.

Así pues, todos, sacerdotes y laicos haciendo cada uno, todo y sólo aquello que les corresponde, participan a pleno título de la liturgia que es acción de todo el Cuerpo místico de Cristo, Cabeza y miembros. Además, en la liturgia, ejercicio del sacerdocio de Cristo, es necesario mantener, constantemente viva, la afirmación del discípulo ante la presencia misteriosa de Cristo: «Es el Señor» (Jn 21, 7). Por eso, como recuerda san Juan Pablo II, «nada de lo que hacemos en la Liturgia puede aparecer como más importante de lo que invisible, pero

<sup>19</sup> «El primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*. El *ars celebrandi* proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de Dios, sacerdocio real, nación santa» (BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, 22.II.2007, n. 38).

<sup>20</sup> BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, n. 23.

<sup>21</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Suiza en visita “ad limina apostolorum”*, 9.XI.2006.

realmente, Cristo hace por obra de su Espíritu. La fe vivificada por la caridad, la adoración, la alabanza al Padre y el silencio de la contemplación, serán siempre los primeros objetivos a alcanzar en nuestra vida litúrgica y sacramental».<sup>22</sup>

## II. CONFORMACIÓN A CRISTO Y *ARS CELEBRANDI*

### 1. *Epifanía de un Ordo Missae celebrado desde Cristo*

En esta segunda parte de nuestro trabajo queremos centrarnos en cómo vivir la celebración litúrgica de modo que, por medio de ella, se puedan adquirir los sentimientos de Cristo. En otras palabras, queremos proponer cómo debería ser ese *ars celebrandi*, ese arte del celebrar que permita configurarse con Cristo por acción del Espíritu Santo y así unirnos al Padre y darnos a los hermanos.

El *arte de celebrar* se encuentra entre los primeros instrumentos que hacen posible la tan necesaria formación y participación litúrgica de sacerdotes y laicos. Como se lee en *Sacramentum caritatis*: «por lo que se refiere a la relación entre el *ars celebrandi* y la *actuosa participatio*, se ha de afirmar ante todo que la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la Eucaristía misma bien celebrada».<sup>23</sup>

Este es el objetivo de cualquier liturgia celebrada, el ideal del verdadero *ars celebrandi*: implicar a los fieles, hacerles comprender el significado de cuanto sucede. Cuando este tiene lugar se produce la participación activa de todos porque no sólo toman parte externamente de la celebración, sino que quedan profunda y espiritualmente implicados, de modo que entran en la acción de Cristo y de la Iglesia, y se produce en ellos un crecimiento de santidad y una transformación de su vida. En verdad la celebración litúrgica es participada de modo auténtico si en ella se alcanza el misterio de Cristo, que es el Salvador, y desde ella se recomienza interiormente cambiados y capaces de donarse sin reservas a Dios y a los hermanos.<sup>24</sup>

Sin olvidar que «si bien es cierto que todo el Pueblo de Dios participa en la Liturgia eucarística, en el correcto *ars celebrandi* tienen un papel imprescindible los que han recibido el sacramento del Orden. Obispos, sacerdotes y diáconos, cada uno según su propio grado, han de considerar la celebración como su deber principal».<sup>25</sup>

En la exhortación *Sacramentum caritatis* se lee: «Una auténtica acción litúrgica expresa la sacralidad del Misterio eucarístico. Ésta debería reflejarse en las palabras y las acciones del sacerdote celebrante mientras intercede ante Dios, tanto con los

<sup>22</sup> JUAN PABLO II, Carta apost. *Vicesimus quintus annus*, n. 10.

<sup>23</sup> BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, n. 64.

<sup>24</sup> Cfr. G. MARINI, *L'oggi del Natale*, «L'Osservatore Romano» 24-25 diciembre 2007. La traducción es nuestra.

<sup>25</sup> BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, n. 39.

fieles como por ellos». <sup>26</sup> Un objetivo en el que se puede y debe mejorar también «en la celebración de la Misa según el Misal de Pablo VI donde se podrá manifestar, en un modo más intenso de cuanto se ha hecho a menudo hasta ahora, aquella sacralidad que atrae a muchos hacia el uso antiguo». <sup>27</sup>

De ahí que resulte lógico que «el primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*. El *ars celebrandi* proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de Dios, sacerdocio real, nación santa (cfr. 1 P 2,4-5.9)». <sup>28</sup> Esto se explica también porque, como decíamos hace un momento, «las palabras y los ritos litúrgicos son expresión fiel, madurada a lo largo de los siglos, de los sentimientos de Cristo y nos enseñan a tener los mismos sentimientos que él; conformando nuestra mente con sus palabras, elevamos al Señor nuestro corazón». <sup>29</sup>

Para desarrollar esos mismos sentimientos de Jesucristo en nosotros, el pontífice alemán aconsejaba: celo, humildad y encontrar aquellos «*espacios abiertos*» que nos permitan respirar de nuevo <sup>30</sup> porque «quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo». <sup>31</sup> Y como primero de estos «espacios abiertos» señalaba ante todo la celebración de la Santa Misa. <sup>32</sup> Necesitamos esos «espacios abiertos» porque la historia de amor entre Dios y los hombres «es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por concluido y completado [...] querer lo mismo y rechazar lo mismo, hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y los hombres consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más». <sup>33</sup>

En esta aventura de amor que el cristiano está llamado recorrer acercándose cada día un poco más a Dios cobra un protagonismo especial el Espíritu Santo que prepara el corazón a este encuentro con Dios en la liturgia. Como se lee en el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «esta preparación de los corazones es la obra

<sup>26</sup> *Ibidem*.

<sup>27</sup> BENEDICTO XVI, *Carta a los Obispos que acompaña a la Carta apost. Motu Proprio data Summorum Pontificum*, 7.VII.2007.

<sup>28</sup> BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, n. 38.

<sup>29</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, n. 4.

<sup>30</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los sacerdotes y diáconos permanentes*, Frisinga 14.IX.2006.

<sup>31</sup> BENEDICTO XVI, Carta enc. *Deus caritas est*, 25-12-2005, n. 7.

<sup>32</sup> Cfr. JUAN PABLO II, Carta apost. *Dies Domini*, 31.V.1998, n. 34.

<sup>33</sup> BENEDICTO XVI, Carta enc. *Deus caritas est*, n. 17.

común del Espíritu Santo y de la asamblea, en particular de sus ministros. La gracia del Espíritu Santo tiende a suscitar la fe, la conversión del corazón y la adhesión a la voluntad del Padre». <sup>34</sup> Un papel de primer orden este punto lo juegan los ritos iniciales, instrumentos del Espíritu Santo para introducir en esta historia de amor y de aventuras que empieza en la liturgia y se prolonga a lo largo de toda la jornada.

## 2. *Ars celebrandi que facilita el encuentro de amistad con Dios*

En el principio de esa historia se encuentra la llamada del Señor a ser sus amigos. Ahí se encuentra también el núcleo, el significado profundo del ser sacerdote: llegar a ser amigo de Jesucristo. Por esta amistad debemos comprometernos cada día de nuevo. Amistad que significa comunión de pensamiento y de voluntad y en esta comunión de pensamiento con Jesús debemos ejercitarnos, como nos dice san Pablo en la *Carta a los Filipenses* (cfr. Flp 2, 2-5) pues no es algo meramente intelectual. Como centro de esa amistad, porque está al centro del servicio de Jesús como pastor, encontramos el misterio de la Cruz por el que se entrega a sí mismo y no sólo en un pasado lejano. En la sagrada Eucaristía, Jesús realiza esto cada día, se da a sí mismo mediante las manos del sacerdote. Por eso, con razón, en el centro de la vida sacerdotal está la sagrada Eucaristía, en la que el sacrificio de Jesús en la cruz está siempre realmente presente entre nosotros. <sup>35</sup>

Benedicto XVI, dirigiéndose a los sacerdotes, desarrollaba esta idea diciendo: «A partir de esto aprendemos también qué significa celebrar la Eucaristía de modo adecuado: es encontrarnos con el Señor, que por nosotros se despoja de su gloria divina, se deja humillar hasta la muerte en la cruz y así se entrega a cada uno de nosotros. Es muy importante para el sacerdote la Eucaristía diaria, en la que se expone siempre de nuevo a este misterio; se pone siempre de nuevo a sí mismo en las manos de Dios, experimentando al mismo tiempo la alegría de saber que él está presente, me acoge, me levanta y me lleva siempre de nuevo, me da la mano, se da a sí mismo. La Eucaristía debe llegar a ser para nosotros una escuela de vida, en la que aprendamos a entregar nuestra vida». <sup>36</sup>

De ahí brota el consejo claro del obispo de Roma: «¡Que en nosotros la santa misa no caiga en una *routine* superficial! ¡Que alcancemos cada vez más su profundidad! Es precisamente ella la que nos introduce en la inmensa obra de salvación de Cristo, la que afina nuestra vida espiritual para alcanzar su amor: su “profecía en acto” con la cual, en el Cenáculo dio inicio al don de Sí mismo en la

<sup>34</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1098.

<sup>35</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía Misa Crismal*, 13.IV.2006.

<sup>36</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía en la Ordenación sacerdotal*, 7.V.2006.

cruz; su victoria irrevocable sobre el pecado y sobre la muerte, que anunciamos con orgullo y de un modo alegre». <sup>37</sup>

Para alejar el peligro de la rutina, la celebración no puede ser algo que de todos modos *debemos hacer*; sino que habría que celebrarla *desde dentro*. «Sumerjámonos en las palabras, en las acciones, en el acontecimiento que allí se realiza. Si celebramos la misa orando; si, al decir “*Esto es mi cuerpo*”, brota realmente la comunión con Jesucristo que nos impuso las manos y nos autorizó a hablar con su mismo “yo”; si realizamos la Eucaristía con íntima participación en la fe y en la oración, entonces no se reducirá a un deber exterior, entonces el *ars celebrandi* vendrá por sí mismo, pues consiste precisamente en celebrar partiendo del Señor y en comunión con él, y por tanto como es preciso también para los hombres. Entonces nosotros mismos recibimos como fruto un gran enriquecimiento y, a la vez, transmitimos a los hombres más de lo que tenemos, es decir, la presencia del Señor». <sup>38</sup>

Como advierte con fuerza Papa Francisco: «Celebrar el verdadero culto espiritual quiere decir entregarse a sí mismo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (cfr. Rm 12, 1). Una liturgia que estuviera separada del culto espiritual correría el riesgo de vaciarse, de perder su originalidad cristiana y caer en un sentido sagrado genérico, casi mágico, y en un esteticismo vacío». <sup>39</sup>

Esto supone tener presente que el cristianismo, y su celebración, no es solamente una “buena noticia”, una comunicación de contenidos desconocidos hasta la revelación de Jesucristo. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no es sólo “informativo”, sino “performativo”. Es decir, el Evangelio, y la liturgia que lo celebra, no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida: <sup>40</sup> es la comunicación de la vida misma de Dios. Por eso, con el Papa Francisco, «no me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, n. 1)». <sup>41</sup>

### 3. *Ars celebrandi que es oración, diálogo con Dios que no olvida a los hermanos*

A la pregunta ¿cómo se puede realizar ese *ars celebrandi* que supone un *estar con Cristo*? responde Benedicto XVI, «lo primero y más importante para el sacerdote

<sup>37</sup> FRANCISCO, *Mensaje al Congreso Eucarístico Nacional de Alemania*, 30.V.2013.

<sup>38</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los sacerdotes y diáconos permanentes*, Frisinga, 14.IX.2006.

<sup>39</sup> FRANCISCO, *Mensaje a los participantes en el Simposio “Sacrosanctum Concilium. Gratitud y compromiso por un gran movimiento eclesial”*, 18.II.2014.

<sup>40</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 30.XI.2007, n. 2.

<sup>41</sup> FRANCISCO, Ex. apost. *Evangelii gaudium*, 24.XI.2014, n. 7.

es la misa diaria, celebrada siempre con una profunda participación interior. Si la celebramos como verdaderos hombres de oración, si unimos nuestras palabras y nuestras acciones a la Palabra que nos precede y al rito de la celebración eucarística, si en la Comunión de verdad nos dejamos abrazar por él y lo acogemos, entonces estamos con Él». <sup>42</sup> No puede ser de otra manera pues, como afirma el Papa Francisco, «la liturgia es tiempo de Dios y espacio de Dios, y nosotros debemos entrar allí, en el tiempo de Dios, en el espacio de Dios y no mirar el reloj. La liturgia es precisamente entrar en el misterio de Dios; dejarnos llevar al misterio y estar en el misterio». <sup>43</sup>

Para que esta transformación, este entrar en el misterio sea posible resulta fundamental entrar en las palabras que ofrece la misma liturgia. Se podría resumir con aquel: “*mens concordet voci*”, expresión acuñada por S. Benito y que recoge la constitución *Sacrosanctum Concilium* en su número 11. <sup>44</sup> La mente debe concordar con la voz. Es decir, «la voz, las palabras preceden a nuestra mente. De ordinario no sucede así. Primero se debe pensar y luego el pensamiento se convierte en palabra. Pero aquí la palabra viene antes. La sagrada liturgia nos da las palabras; nosotros debemos entrar en estas palabras, encontrar la concordia con esta realidad que nos precede». <sup>45</sup> Una consecuencia sencilla y práctica que se desprende de estas palabras es que, en muchas ocasiones, es preferible leer las oraciones en el Misal, porque así se evitan mejor las distracciones y la rutina.

Como recordaba el pontífice alemán comentando la oración que se rezaba al revestirse el amito éste se colocaba primero sobre la cabeza simbolizando la disciplina de los sentidos y del pensamiento, necesaria para una digna celebración de la santa Misa. «Nuestros pensamientos no deben divagar por las preocupaciones y las expectativas de nuestra vida diaria; los sentidos no deben verse atraídos hacia lo que allí, en el interior de la iglesia, casualmente quisiera secuestrar los ojos y los oídos. Nuestro corazón debe abrirse dócilmente a la palabra de Dios y recogerse en la oración de la Iglesia, para que nuestro pensamiento reciba su orientación de las palabras del anuncio y de la oración. Y la mirada del corazón se debe dirigir hacia el Señor, que está en medio de nosotros: eso es lo que significa *ars celebrandi*, el modo correcto de celebrar. Si estoy con el Señor, entonces al escuchar, hablar y actuar, atraigo también a la gente hacia la comunión con él». <sup>46</sup>

<sup>42</sup> BENEDICTO XVI, *Visperas marianas con religiosos y seminaristas. Homilía en la Basílica de Santa Ana de Altötting*, 11.IX.2006.

<sup>43</sup> FRANCISCO, *Homilía en Santa Marta*, 10.II.2014.

<sup>44</sup> «Para asegurar esta plena eficacia es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina para no recibirla en vano».

<sup>45</sup> BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano*, 31.VIII.2006.

<sup>46</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa Crismal*, 5.IV.2007.

Unido a ese conformarnos con las palabras y los gestos de la liturgia querría destacar un segundo aspecto al que introducen unas palabras de Papa Francisco: «la vestimenta sagrada del sumo sacerdote es rica en simbolismos; uno de ellos, es el de los nombres de los hijos de Israel grabados sobre las piedras de ónix que adornaban las hombreras del efod, del que proviene nuestra casulla actual, seis sobre la piedra del hombro derecho y seis sobre la del hombro izquierdo (cfr. Ex 28,6-14). También en el pectoral estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel (cfr. Ex 28,21). Esto significa que el sacerdote celebra cargando sobre sus hombros al pueblo que se le ha confiado y llevando sus nombres grabados en el corazón. Al revestirnos con nuestra humilde casulla, puede hacernos bien sentir sobre los hombros y en el corazón el peso y el rostro de nuestro pueblo fiel, de nuestros santos y de nuestros mártires, que en este tiempo son tantos. De la belleza de lo litúrgico, que no es puro adorno y gusto por los trapos, sino presencia de la gloria de nuestro Dios resplandeciente en su pueblo vivo y consolado».<sup>47</sup>

Las palabras de la homilía apenas citada, permiten entender mejor que la *celebratio* es oración y coloquio con Dios, pero es un diálogo singular: no sólo hablamos como personas individuales, sino que, configurándonos con Cristo, entramos en el “nosotros” de la Iglesia que ora. Ante esta afirmación puede surgir la pregunta: ¿Y cómo aprendo a rezar? La contestación es clara: rezando con otros. El Señor recomienda que «cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará» (Mt 6,6) pero esto no es una llamada al individualismo. Aislado de los demás, sin abrirse a los otros no se puede rezar a Dios. Por eso podemos afirmar que «la fe cristiana, nunca es mera relación subjetiva o personal-privada con Cristo y su palabra, sino que es totalmente concreta y eclesial».<sup>48</sup> Se trata de transformar nuestro “yo” en el “Yo” de Cristo, y esto sólo es posible, entrando en el “nosotros” de la Iglesia. Con las palabras de la Iglesia, a la que Cristo siempre asocia consigo, entablamos realmente un coloquio con Dios.

Se entra así en lo que podríamos calificar de primera dimensión del *ars celebrandi*, y de toda participación activa que es participación en la oración que Cristo dirige al Padre, oración que no olvida, sino que incluye y da voz a los hermanos. De hecho, «interceder no nos aparta de la verdadera contemplación, porque la contemplación que deja fuera a los demás es un engaño».<sup>49</sup>

En resumen, «la *celebratio* es oración y coloquio con Dios, de Dios con nosotros y de nosotros con Dios. Por tanto, la primera exigencia para una buena celebración es que el sacerdote entable realmente este coloquio. Al anunciar la Palabra, él mismo se siente en coloquio con Dios. Es oyente de la Palabra y anun-

<sup>47</sup> FRANCISCO, *Homilía en la Misa Crismal*, 28.III.2013.

<sup>48</sup> J. RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*, 172.

<sup>49</sup> FRANCISCO, Ex. apost. *Evangelii gaudium*, n. 281.

ciador de la Palabra, en el sentido de que se hace instrumento del Señor y trata de comprender esta palabra de Dios, que luego debe transmitir al pueblo. Está en coloquio con Dios, porque los textos de la santa misa no son textos teatrales o algo semejante, sino que son plegarias, gracias a las cuales, juntamente con la asamblea, hablamos con Dios».<sup>50</sup>

4. *Conocer la estructura del encuentro con Dios ayuda el ars celebrandi y por tanto a nuestra configuración con Cristo*

Al mismo tiempo, esta transformación se ve facilitada si se comprende, si se interioriza la estructura de la liturgia. ¿Cuál es su dinámica fundamental? Se podría decir que el encuentro del hombre con Dios, o mejor, el de Dios con el hombre, se perpetúa en la liturgia. Este encuentro empieza al hablarle Dios al hombre e intervenir en su vida a través de la palabra. Su designio es provocar en nosotros una respuesta, respuesta que abarque todo nuestro ser. En el Antiguo Testamento la Palabra suscita una respuesta que será formulada en la *berakab*<sup>51</sup> que constituye una alabanza contemplativa de los *mirabilia Dei*, «respuesta por excelencia del Pueblo de Dios a la Palabra de Dios».<sup>52</sup>

Esto mismo está presente, en plenitud, en la liturgia donde el Señor mismo enseña a rezar: la Santa Misa está compuesta por la liturgia de la Palabra y de la Eucaristía que «están estrechamente unidas entre sí y forman un único acto de culto».<sup>53</sup> En realidad, toda la historia de la salvación, y la liturgia que la celebra y hace presente, está caracterizada por la iniciativa de Dios que convoca y espera de cada uno una respuesta actual, con un amor que luego informe toda la jornada, con ánimo de que el Sacrificio del altar se prolongue a lo largo de las veinticuatro horas. La celebración de la Palabra en la Santa Misa es un verdadero diálogo que exige una contestación delicada: es Dios que habla a su pueblo y éste hace suya esta *palabra divina* por medio del silencio, del canto, etc.; se adhiere a ese anuncio profesando su fe en el Credo, y lleno de confianza acude con sus peticiones al Señor.<sup>54</sup> Consecuencia práctica es que, el dirigirse recíproco del que proclama hacia el que escucha y viceversa, implica que sea razonable que se sitúen uno frente al otro como ha redescubierto la liturgia posterior al Concilio Vaticano II.

<sup>50</sup> BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano*, 31.VIII.2006.

<sup>51</sup> Cfr. L. BOUYER, *Dalla liturgia ebraica alla liturgia cristiana*, «Communio» (Ed. it.) 64 (1982), 72-78. En las páginas que señalamos de este artículo, el Autor describe las diferentes *berakab* y su estructura. Para una mejor comprensión de este punto se puede ver: J.J. SILVESTRE, *Una liturgia que parte del Misterio*, CPL, Barcelona 2016.

<sup>52</sup> L. BOUYER, *Le Fils éternel. Théologie de la Parole de Dieu et christologie*, Ed. du Cerf, Paris 1974. Trad. italiana: *Il Figlio eterno*, Paoline, Alba 1977, 229.

<sup>53</sup> IGMR, n. 28; Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 56.

<sup>54</sup> Cfr. IGMR, n. 55.

Concluida la liturgia de la Palabra, se entra en la liturgia eucarística que constituye la respuesta definitiva a Dios que habla y convoca.<sup>55</sup> Cuando Jesús desciende entre nosotros, Verbo de Dios hecho carne, la Palabra de Dios que estaba en Él, que era Él mismo, ha producido en Él la respuesta perfecta que ella esperaba: la perfecta Eucaristía. Jesús, que es por excelencia la Palabra de Dios dirigida al hombre, es también la respuesta por excelencia del hombre a Dios según su mismo corazón.

Se puede decir que, para que la Eucaristía llegue a ser respuesta personal, no es suficiente que sea reproducida en medio de nosotros por aquellos que Cristo ha enviado para hacer esto en su nombre. Es necesario que cada uno de los fieles esté en armonía con ella. De ahí la necesidad del Bautismo, que hace conformes a Cristo, que hace de nosotros como una planta sola con Él, que introduce en la semejanza de su muerte y de su resurrección. Como señala Bouyer, renacidos por el Bautismo, podemos ejercitar nuestro sacerdocio real en la Eucaristía, haciendo totalmente nuestra –no sólo con los labios sino con el corazón– la plegaria eucarística. Sobre todo nosotros podemos hacer nuestra oferta, podemos presentar el pan y el vino como símbolos de nuestra vida humana y así ofrecida, consignarla a Dios en Cristo. Es entonces cuando Cristo, por medio de sus ministros, consagra nuestra ofrenda en su eucaristía y nos la devuelve. Llegamos así a la comunión, cumplimiento y coronación del sacrificio eucarístico. Encontramos lo que habíamos ofrecido, pero ya no es nuestra ofrenda, es el cuerpo mismo de Cristo ofrecido en la Cruz. Recibiéndolo, asumiéndolo en nosotros, llegamos a ser Aquél que recibimos: el Cuerpo de Cristo. Cristo muerto y resucitado, vivirá en nosotros, hará de nosotros sus miembros, animados por su Espíritu, glorificaremos al Padre en la perpetua oblación de nosotros mismos en Él. Se cumple así la Eucaristía del Salvador, que llega a ser la Eucaristía de la iglesia y se consagra a Él poco a poco, todo el universo.<sup>56</sup>

Desde el punto de vista estrictamente litúrgico, si se puede hablar así, lo que estamos diciendo se traduce en que el sacerdote, en la liturgia eucarística, deja el ambón o la sede, para situarse en el altar –centro de toda la liturgia eucarística<sup>57</sup>– y todos se preparan de un modo más inmediato para la oración común que sacerdote y pueblo dirigen al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo.<sup>58</sup> En esta parte de la celebración, únicamente en los diálogos desde el altar el sacerdote habla al pueblo, pues la acción sacrificial que tiene lugar en la liturgia eucarística no se dirige principalmente a la comunidad reunida. De hecho, la orientación espiritual e interior de todos, del sacerdote –como representante de la Iglesia entera– y de los fieles, es *versus Deum per Iesum Christum*. Así se comprende mejor la

<sup>55</sup> En este punto seguimos a L. BOUYER tal y como lo presenta J.J. SILVESTRE, *Una liturgia que parte del Misterio*.

<sup>56</sup> Cfr. L. BOUYER, *Invito alla parola di Dio*, Morcelliana, Brescia 1960, 112-113.

<sup>57</sup> Cfr. IGMR, n. 73.

<sup>58</sup> Cfr. IGMR, n. 78.

exclamación de la Iglesia antigua con la que se concluía la homilía: “*Conversi ad Dominum*”. Ahora, volvámonos hacia el Señor.

En la liturgia eucarística, «sacerdote y pueblo ciertamente no rezan el uno hacia el otro, sino hacia el único Señor. Por tanto durante la oración miran en la misma dirección, hacia una imagen de Cristo en el ábside, o hacia una cruz o simplemente hacia el cielo, como hizo el Señor en la oración sacerdotal la noche antes de su Pasión».<sup>59</sup>

En la medida en que se comprende esta estructura, en que se asimilen las palabras de la liturgia, se entra en consonancia interior y de ese modo se está “con” la Iglesia en coloquio con Dios. Cuando se celebra y participa en la Eucaristía como personas orantes, cuando se une la palabra y el obrar de cada uno a la palabra y al rito de la celebración eucarística que nos precede, entonces se habla con Cristo, y a través de Él, se habla con el Dios trino y así rezamos *con* y *por* los demás. De hecho, en la celebración de los sacramentos el sacerdote los acoge a ellos mismos interiormente; no realiza ningún tipo de trabajo externo, habla con Cristo, a través de Cristo con el Dios trino, y reza así con y por los demás. Así la Eucaristía se convierte en «una escuela de vida, en la que aprenderemos a entregar nuestra vida».<sup>60</sup>

Podemos resumir este epígrafe recordando que en la celebración litúrgica «Dios nos enseña a rezar. Entramos en la oración que se ha formado a lo largo de los siglos bajo la inspiración del Espíritu Santo, y nos unimos al coloquio de Cristo con el Padre. Por tanto, la liturgia es sobre todo oración: primero escucha y después respuesta, sea en el salmo responsorial, sea en la oración de la Iglesia, sea en la gran plegaria eucarística. La celebramos bien, si la celebramos con actitud “orante”, uniéndonos al misterio de Cristo y a su coloquio de Hijo con el Padre. Si celebramos la Eucaristía de este modo, primero como escucha y después como respuesta, o sea, como oración con las palabras indicadas por el Espíritu Santo, la celebramos bien. Y la gente es atraída a través de nuestra oración común hacia la comunidad de los hijos de Dios».<sup>61</sup> Como afirmaba Papa Francisco: «Para comprender la belleza de la celebración eucarística deseo empezar con un aspecto muy sencillo: la misa es oración, es más, es la oración por excelencia, la más alta, la más sublime, y el mismo tiempo la más “concreta”. De hecho, es el encuentro de amor con Dios mediante su Palabra y el Cuerpo y Sangre de Jesús. Es un encuentro con el Señor».<sup>62</sup>

<sup>59</sup> BENEDICTO XVI, *Opera omnia*, XI, *Teologia della liturgia*, LEV, Città del Vaticano 2010. Trad. castellana: *Opera omnia*, XI, *Teología de la liturgia*, BAC, Madrid 2012, *Prefacio*.

<sup>60</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía en una ordenación sacerdotal*, Roma 7.V.2006.

<sup>61</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma*, 22.II.2007.

<sup>62</sup> FRANCISCO, *Audiencia general*, 15.XI.2017.

### 5. *Ars celebrandi cuando el cuerpo dialoga con Dios*

Queremos ahora simplemente apuntar un aspecto que consideramos de gran importancia aunque no podemos desarrollarlo por extenso: para que este celebrar «desde dentro» caracterice el *ars celebrandi* también «hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, *la conciencia viva de la presencia real de Cristo*, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, con los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse».<sup>63</sup>

En otras palabras, «para una adecuada *ars celebrandi* es igualmente importante la atención a todas las formas de lenguaje previstas por la liturgia: palabra y canto, gestos y silencios, movimiento del cuerpo, colores litúrgicos de los ornamentos. En efecto, la liturgia tiene por su naturaleza una variedad de formas de comunicación que abarcan todo el ser humano. La sencillez de los gestos y la sobriedad de los signos, realizados en el orden y en los tiempos previstos, comunican y atraen más que la artificiosidad de añadiduras inoportunas».<sup>64</sup>

Esto es lógico pues celebramos la liturgia de la Palabra que se hizo carne y que se nos ofrece en Su cuerpo y Su sangre, es decir, corporalmente. Ciertamente estamos ante una corporeidad nueva, la corporeidad del Resucitado, pero es una verdadera corporeidad que se nos ofrece en los signos materiales del pan y del vino. Cada uno en la liturgia es interpelado en su cuerpo, en su existencia corpórea de todos los días. «Precisamente por el hecho de que la verdadera acción litúrgica es actuación de Dios, la liturgia de la fe va siempre más allá del acto cultual, dándole un vuelco a la cotidianeidad que, a su vez, se convierte en litúrgica, en servicio para la transformación del mundo».<sup>65</sup> Como recordaba san Josemaría: «Todas las obras de los hombres se hacen como en un altar, y cada uno de vosotros, en esa unión de almas contemplativas que es nuestra jornada, dice de algún modo su misa, que dura veinticuatro horas, en espera de la misa siguiente, que durará otras veinticuatro horas, y así hasta el final de nuestra vida».<sup>66</sup>

Al cuerpo por tanto se le pide mucho más que el traer y llevar objetos o cosas por el estilo durante la celebración. En la celebración litúrgica se pide a cada uno adentrarse en la acción de Dios para cooperar con Él: esto es lo que se inicia en la celebración para después desarrollarse más allá de ella. La Encarnación ha de conducirnos a la Resurrección, al señorío del amor, pasando por la cruz, es decir, se trata de transformar nuestra voluntad en comunión con la voluntad de Dios:

<sup>63</sup> JUAN PABLO II, Carta apost. *Mane nobiscum Domine*, 7.X.2004, n. 18.

<sup>64</sup> BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, n. 40.

<sup>65</sup> J. RATZINGER, *Der Geist der Liturgie. Eine Einführung*, Friburgo 2000. Traducción castellana: *El espíritu de la liturgia: una introducción*, Madrid 2001, 200.

<sup>66</sup> J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Notas de una meditación*, 19-III-1968 en J. ECHEVARRÍA, *Vivir la Santa Misa*, Rialp, Madrid 2010, 17.

amarla. De nuevo nos encontramos con ese proceso de conformación personal a las palabras y los gestos de la liturgia del que hemos hablado en diversos momentos de este artículo. El cuerpo tiene que ser entrenado con empeño y perseverancia hacia el Cristo resucitado, también en la liturgia. Un entrenamiento para acoger a Dios que se nos hace presente a través de las palabras y los gestos de la liturgia.

Como recordaba el cardenal Ratzinger, «la implicación del cuerpo, de la que se trata en la liturgia de la palabra hecha carne, se expresa en la misma liturgia mediante esa cierta disciplina del cuerpo, en los gestos que han ido madurando precisamente con la exigencia interior de la liturgia y que, por así decirlo, hacen visible su esencia. Estos gestos, considerados en su singularidad, pueden variar según los distintos lugares y las distintas culturas, pero en su forma esencial forman parte de la cultura de la fe, que se ha configurado, precisamente a partir del culto. Por consiguiente, en cuanto lenguaje expresivo común, superan los ámbitos culturales singulares».<sup>67</sup>

En este contexto de “entrenamiento” a la liturgia, se entiende que convendrá repasar con frecuencia las oraciones y ceremonias del Ordinario de la Misa. Como recuerda la exhortación *Sacramentum caritatis*: «El *ars celebrandi* ha de favorecer el sentido de lo sagrado y el uso de las formas exteriores que educan para ello, como, por ejemplo, la armonía del rito, los ornamentos litúrgicos, la decoración y el lugar sagrado. Favorece la celebración eucarística que los sacerdotes y los responsables de la pastoral litúrgica se esfuercen en dar a conocer los libros litúrgicos vigentes y las respectivas normas, resaltando las grandes riquezas de la *Ordenación General del Misal Romano* y de la *Ordenación de las Lecturas de la Misa*. En las comunidades eclesiales se da quizás por descontado que se conocen y aprecian, pero a menudo no es así. En realidad, son textos que contienen riquezas que custodian y expresan la fe, así como el camino del Pueblo de Dios a lo largo de dos milenios de historia».<sup>68</sup>

Sin olvidar, que hay modos de *estar* y de *moverse* en el presbiterio y ante el altar, de tratar los vasos sagrados, de realizar las lecturas, etc., que quizá nunca estuvieran explícitamente preceptuados, pero que sería lamentable descuidar por dejadez o por una mal entendida naturalidad. La liturgia es *sagrada liturgia*, y exige actitudes -interiores, en primer lugar, pero también exteriores- igualmente sagradas. Actitudes que están muy lejos tanto del ieratismo como de una familiaridad chata que banaliza las palabras y los gestos.<sup>69</sup>

<sup>67</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 200.

<sup>68</sup> BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, n. 40.

<sup>69</sup> Cfr. E. BIANCHI, *Ars celebrandi. L'Eucaristia, fonte della spiritualità del presbitero*, «La Rivista del Clero italiano» 2007/5, 328. «Quando il presbitero entra nell'assemblea eucaristica, non vi entra come un qualsiasi fedele, perché egli fa segno al Cristo veniente in mezzo ai suoi, fa segno quando predica la Parola all'ambone, fa segno al Cristo quando spezza il pane eucaristico [...]. C'è un modo di camminare, di sedersi, di parlare, di fare gesti, che se rimane inscritto nella banalità dei gesti comuni e quotidiani, non fa segno, anzi ostacola la possibilità di 'vedere oltre' da parte di

Resulta lógico –manifestación de fe y de piedad– que el sacerdote se esmere en cumplir bien las rúbricas de la Misa, y denotaría poco amor al Señor si permitiese que se le metiera la precipitación al celebrar la Eucaristía: no puede tener ninguna prisa por acabar, aunque evitará –a la vez– alargarse más de lo normal

Se entiende el deseo vivo del Papa Francisco: «pidamos al Señor que nos done a todos este sentido de lo sagrado, este sentido que nos haga comprender que una cosa es rezar en casa, rezar en la iglesia, rezar el rosario, recitar muchas y hermosas oraciones, hacer el vía crucis, leer la Biblia; y otra cosa es la celebración eucarística. En la celebración entramos en el misterio de Dios, en esa senda que nosotros no podemos controlar: sólo Él es el único, Él es la gloria, Él es el poder. Pidamos esta gracia: que el Señor nos enseñe a entrar en el misterio de Dios».70

Especialmente en los sacerdotes, este *ars celebrandi* constituye una gran catequesis, cada vez más necesaria, pues «el Pueblo de Dios necesita ver, en los sacerdotes y en los diáconos, un comportamiento lleno de reverencia y de dignidad, que sea capaz de ayudarle a penetrar las cosas invisibles, incluso sin tantas palabras y explicaciones».71 «Me parece, decía Benedicto XVI, que la gente percibe si realmente nosotros estamos en coloquio con Dios, con ellos y, por decirlo así, si atraemos a los demás a nuestra oración común, si atraemos a los demás a la comunión con los hijos de Dios; o si, por el contrario, sólo hacemos algo exterior».72 Sin que esto implique un exhibicionismo que transforma la liturgia en “teatro” y que es fruto de un exceso de expresión sentimental o de la excesiva inspiración personal pues en ese caso el sacerdote dejaría de «ser signo» de Cristo, dejaría de ser su servidor para seducir, atraer a sí.73

A su vez, un adecuado *arte de celebrar* constituye un eficaz factor de unidad. Como recordaba Benedicto XVI, «la garantía más segura para que el Misal de Pablo VI pueda unir a las comunidades parroquiales y sea amado por ellas consiste en celebrar con gran reverencia de acuerdo con las prescripciones; esto hace visible la riqueza espiritual y la profundidad teológica de este Misal».74

chi partecipa alla liturgia. Si è vero che le azioni sono umane e tali restano nella liturgia –prendere il pane, spezzarlo, mangiare, accendere un cero, aprire un libro-, ma per fare segno devono essere strappate alla logica utilitarista o, peggio, a quella di un comportamento distratto, meccanico, abitudinario, per essere investite di un nuovo significato nel contesto rituale e sacramentale cristiano» (*ibidem*, 333-334).

70 FRANCISCO, *Homilía en Santa Marta*, 10.II.2014.

71 JUAN PABLO II, *Mensaje a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos*, 21.IX.2001.

72 BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano*, 31.VIII.2006.

73 Cfr. BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, n. 23.

74 BENEDICTO XVI, *Carta a los Obispos que acompaña a la Carta apost. Motu Proprio data Summorum Pontificum*, 7.VII.2007.

En definitiva, se trata de la belleza de la liturgia, que como parte del misterio pascual que es, la presupone como elemento constitutivo. La liturgia, «expresión eminente de la gloria de Dios, asomarse del Cielo sobre la tierra»,<sup>75</sup> debe ser bella. Y porque es bella, evangeliza, como señala el Santo Padre Francisco: «La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo».<sup>76</sup>

### 6. *El verdadero ars celebrandi convierte el silencio en oración*

Otro aspecto que es preciso cultivar es *la experiencia del silencio*. Resulta necesario «para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para unir más estrechamente la oración personal con la palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia» (*Institutio generalis Liturgiae Horarum*, n. 202).<sup>77</sup> El silencio es también elemento fundamental del *ars celebrandi*.

Uno de estos momentos de silencio, indicados por la misma liturgia y que no interrumpen la acción litúrgica, sino que forman parte integrante de ella, son las oraciones que el sacerdote reza en voz baja. Estas oraciones invitan al sacerdote a personalizar su tarea, a entregarse al Señor, también con su mismo yo.<sup>78</sup> Son al mismo tiempo, un modo excelente de encaminarse como los demás al encuentro del Señor, de manera enteramente personal, pero a la vez yendo junto con los otros.<sup>79</sup> Si bien los fieles no escuchan las oraciones secretas, el hecho mismo de ver al celebrante recitarlas les recuerda la importancia de esos gestos que se cumplen a lo largo de la celebración.<sup>80</sup> Estas oraciones se presentan pues como una ayuda para ese celebrar “desde dentro”, partiendo del Señor y en comunión con Él.

A su vez, en la liturgia de la Palabra el silencio tiene un papel fundamental. Efectivamente para que en ella el diálogo con Dios sea profundo es de capital importancia el silencio interior y exterior; silencio que «es la condición ambiental

<sup>75</sup> BENEDICTO XVI, Ex. apost. *Sacramentum caritatis*, n. n. 35.

<sup>76</sup> FRANCISCO, Ex. apost. *Evangelii gaudium*, n. 24.

<sup>77</sup> JUAN PABLO II, Carta apost. *Spiritus et Sponsa*, 4.XII.2003, n. 13.

<sup>78</sup> «Como presidente, el sacerdote pronuncia las oraciones en nombre de la Iglesia y de la comunidad congregada, mientras que algunas veces lo hace solamente en su nombre, para poder cumplir su ministerio con mayor atención y piedad. De tal manera que las oraciones que se proponen antes de la lectura del Evangelio, en la preparación de los dones, así como antes y después de la Comunión, se dicen en secreto» (IGMR, n. 33).

<sup>79</sup> Cfr. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 237-238.

<sup>80</sup> Cfr. E. LODI, *Les prières privées du prêtre dans le déroulement de la messe romaine*, en *L'Eucharistie: célébrations, rites, piétés*, BEL Subsidia 79, CLV-Edizioni Liturgiche, Roma 1995, 257.

que mejor favorece el recogimiento, la escucha de Dios y la meditación».<sup>81</sup> Es necesario «para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para unir más estrechamente la oración personal con la palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia».<sup>82</sup>

Como recordaba el Pontífice emérito: «Ciertamente, para poder interpretar las palabras de Jesús se necesita tener un conocimiento histórico que nos enseñe a comprender el tiempo y el lenguaje de esa época. Pero esto, por sí solo, no es suficiente si queremos comprender el mensaje del Señor en profundidad. Cualquiera que lea hoy los comentarios a los Evangelios, cada vez más densos, al final se queda decepcionado. Aprende muchas cosas que pueden ser útiles sobre esos días y muchas hipótesis que, en última instancia, no contribuyen en nada a la comprensión del texto. Al final uno siente que en ese exceso de palabras falta algo esencial: entrar en el silencio de Jesús, del que nació su palabra. Si no podemos entrar en este silencio, siempre escucharemos superficialmente la palabra, sin comprenderla en su totalidad».<sup>83</sup>

Una primera consideración que, por contraste, viene quizá a la mente al leer este texto es que nuestro mundo no está habituado al silencio, y los fieles, que viven en el mundo, tampoco lo están en muchas ocasiones. De ahí que el modo de celebrar la liturgia de la Palabra pueda estar influenciado por la prisa, el ruido, un desordenado afán de eficiencia que anule la contemplación. Por eso la Iglesia busca que los que participan en la liturgia tengan en cuenta que «el silencio y la contemplación son necesarios para poder encontrar, en medio de la dispersión de cada día, esta profunda y continua unión con Dios. Silencio y contemplación».<sup>84</sup>

Ciertamente, el silencio no es una simple pausa, en la que vienen a nosotros mil pensamientos y deseos, sino ese recogimiento que nos da la paz interior, que nos permite tomar aliento, que descubre lo que es verdadero e importante.

De este modo, «en esta *liturgia de silencio*, el Espíritu Santo aboga por nosotros con gemidos que no pueden ser expresados en palabras e inspira una oración según Dios (cfr. Rom 8, 26–27)».<sup>85</sup> Por eso somos conscientes de que «no pueda darse oración cristiana sin la acción del Espíritu Santo, el cual, realizando la unidad de la Iglesia, nos lleva al Padre por medio del Hijo».<sup>86</sup> De hecho, «para que la Palabra de Dios realice efectivamente en los corazones lo que suena en los oídos,

<sup>81</sup> BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 10.VIII.2011.

<sup>82</sup> JUAN PABLO II, Carta apost. *Spiritus et Sponsa*, n. 13.

<sup>83</sup> BENEDICTO XVI, *Prefacio* al libro de R. SARAH, *La fuerza del silencio. Frente a la dictadura del ruido*, Palabra, Madrid 2017.

<sup>84</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía con los miembros de la Comisión Teológica Internacional*, 6.X.2006.

<sup>85</sup> R. LEIKAM, *Te alabaré por siempre. Introducción a la Liturgia de las Horas*, Obra Nacional de la Buena Prensa, México 2002, 461.

<sup>86</sup> IGLH, n. 8. Cfr. BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 16.V.2012.

se requiere la acción del Espíritu Santo, con cuya inspiración y ayuda la Palabra de Dios se convierte en fundamento de la acción litúrgica y en norma y ayuda de toda la vida». <sup>87</sup> Una orientación fundamental que facilite la actuación del Espíritu Santo consiste por tanto en volver a aprender el silencio, la apertura a la escucha, que nos abre al otro, a la Palabra de Dios. <sup>88</sup>

Consecuencia práctica será que «la Liturgia de la Palabra se debe celebrar de tal manera que favorezca la meditación; por eso hay que evitar en todo caso cualquier forma de apresuramiento que impida el recogimiento». <sup>89</sup> No es simplemente cuestión de unos momentos específicos de silencio, sino de un ambiente que permita la acción del Espíritu Santo que «no solo precede, acompaña y sigue a toda acción litúrgica, sino que también va recordando, en el corazón de cada uno, aquellas cosas que, en la proclamación de la palabra de Dios, son leídas para toda la asamblea de los fieles, y, consolidando la unidad de todos, fomenta asimismo la diversidad de carismas y proporciona la multiplicidad de actuaciones». <sup>90</sup>

Como recordaba con sencillez el Santo Padre: «rezar, como todo verdadero diálogo, es también saber permanecer en silencio –en los diálogos hay momentos de silencio–, en silencio junto a Jesús. Y cuando nosotros vamos a misa, quizá llegamos cinco minutos antes y empezamos a hablar con este que está a nuestro lado. Pero no es el momento de hablar: es el momento del silencio para prepararnos al diálogo. Es el momento de recogerse en el corazón para prepararse al encuentro con Jesús. ¡El silencio es muy importante! Recordad lo que dije la semana pasada: no vamos a un espectáculo, vamos al encuentro con el Señor y el silencio nos prepara y nos acompaña. Permaneced en silencio junto a Jesús. Y del misterioso silencio de Dios brota su Palabra que resuena en nuestro corazón. Jesús mismo nos enseña cómo es realmente posible “estar” con el Padre y nos lo demuestra con su oración». <sup>91</sup>

Un último aspecto, no menos importante, es que el hecho de guardar silencio también manifiesta la unidad orante de los miembros de la comunidad cristiana que se han congregado para celebrar esta acción litúrgica.

Junto al silencio y la necesidad de que el corazón se eleve realmente al Señor, aquel “*Mens concordet voci*” de San Benito, podemos recordar con Benedicto XVI que: «debemos aprender a pronunciar bien las palabras. Cuando yo era profesor en mi patria, a veces los muchachos leían la sagrada Escritura, y la leían como se lee el texto de un poeta que no se ha comprendido. Como es obvio, para aprender a pronunciar bien, antes es preciso haber entendido el texto en su dramatismo, en su presente. Así también el Prefacio. Y la Plegaria eucarística. Para los fieles es difícil

<sup>87</sup> MISAL ROMANO, *Ordenación de las lecturas de la Misa*, n. 9.

<sup>88</sup> Cfr. *ibidem*, n. 28.

<sup>89</sup> IGMR, n. 56.

<sup>90</sup> MISAL ROMANO, *Ordenación de las lecturas de la Misa*, n. 9.

<sup>91</sup> FRANCISCO, *Audiencia general*, 15.XI.2017.

seguir un texto tan largo como el de nuestra Plegaria eucarística. Por eso, se han “inventado” siempre plegarias nuevas. Pero con Plegarias eucarísticas nuevas no se responde al problema, dado que el problema es que vivimos un tiempo que invita también a los demás al silencio con Dios y a orar con Dios. Por tanto, las cosas sólo podrán mejorar si la Plegaria eucarística se pronuncia bien, incluso con los debidos momentos de silencio, si se pronuncia con interioridad, pero también con el arte de hablar. De ahí se sigue que el rezo de la Plegaria eucarística requiere un momento de atención particular para pronunciarla de un modo que implique a los demás». <sup>92</sup>

Se produce así aquel entrar con la *mens* en la *vox* de la Iglesia, del que hablábamos antes. El celebrante aprende que, en la celebración litúrgica, no habla con Dios como persona singular, sino que entra en el “nosotros” de la Iglesia que reza. Transforma su “yo”, rezando con la Iglesia, con las palabras de la Iglesia, estando realmente en coloquio con Dios. Sin olvidar que «esta *ars celebrandi* no busca invitar a una especie de teatro, de espectáculo sino a una interioridad que se hace sentir y se hace aceptable y evidente para la gente que asiste a la celebración. Sólo si ven que esta no es un *ars* exterior, espectacular -¡no somos actores!- sino que es la expresión del camino de nuestro corazón, que atrae incluso a nuestro propio corazón, entonces la liturgia se vuelve bella, se convierte en comunión de todos los presentes con el Señor». <sup>93</sup>

### III. SÍNTESIS

Si nos fijamos en la “definición” de liturgia que presenta la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* en su número 7, <sup>94</sup> se constata que son dos los aspectos que la configuran: la necesaria presencia de Cristo que asocia a su Iglesia en las acciones litúrgicas, y la realidad de los signos y símbolos sensibles que entretengan cualquier celebración sacramental y que santifican, transformando progresivamente al fiel en Cristo por obra del Espíritu Santo, y así permiten que el Cristo total –Cabeza y miembros– dé culto al Padre. La unión de ambos aspectos permite concluir que «toda celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo, y tal encuentro se expresa como un diálogo, a través de acciones y palabras». <sup>95</sup> La liturgia es, por consiguiente, «el lugar

<sup>92</sup> BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano*, 31.VIII.2006.

<sup>93</sup> *Ibidem*.

<sup>94</sup> [En la liturgia], «obra por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno. Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y cada uno a su manera realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro» (CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7).

<sup>95</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1153.

privilegiado del encuentro de los cristianos con Dios y con quien Él envió, Jesucristo».<sup>96</sup> Encuentro que se realiza bajo los signos visibles que usa la sagrada liturgia escogidos por Cristo o por la Iglesia significando realidades divinas invisibles.<sup>97</sup>

A lo largo de las páginas de este artículo se han tenido constantemente presentes las palabras de san Pablo «Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Flp 2, 5-7). En cierta ocasión el Papa Francisco las traducía diciendo: «tener los mismos sentimientos de Cristo significa pensar como Él, querer como Él, mirar como Él, caminar como Él. Significa hacer lo que hizo Él y con sus mismos sentimientos, con los sentimientos de su Corazón».<sup>98</sup> Estos sentimientos de Jesús suponen estar con Dios y salir al encuentro de los hermanos. Sentimientos que el Señor ha querido que caractericen a sus apóstoles, elegidos para que estuvieran con Él y para enviarles a predicar con potestad de expulsar demonios.<sup>99</sup> Sentimientos que pueden ser nuestros gracias a la liturgia, medio formado por palabras y gestos que el Señor ha dejado para que, viviéndolos, nos identifiquemos con Él, para que seamos hombres y mujeres de oración, hombres y mujeres contemplativos que están en continuo diálogo con Dios a la vez que cargan con las necesidades de los hermanos.

Así pues, todos los cristianos, y de modo particular los sacerdotes, están llamados a conformarse a los sentimientos de Cristo y esto sólo es posible participando de su misma oración. Como recordaba Benedicto XVI en una ordenación sacerdotal: «Ser ordenado sacerdote significa entrar de modo sacramental y existencial en la oración de Cristo por los suyos. De ahí deriva para los presbíteros una vocación particular a la oración, en sentido fuertemente cristocéntrico: llamados a *permanecer* en Cristo (cfr. Jn 1, 35-39; 15, 4-10), y este *permanecer* en Cristo se realiza de modo especial en la oración. El ministerio sacerdotal está totalmente vinculado a este *permanecer* que equivale a orar, y de él deriva su eficacia».<sup>100</sup>

Desde esta perspectiva se debe pensar en las diversas formas de oración de un sacerdote, ante todo en la santa Misa diaria. «La celebración eucarística es el acto de oración más grande y más elevado, y constituye el centro y la fuente de la que reciben su savia también las otras formas: la liturgia de las Horas, la adoración eucarística, la *lectio divina*, el santo rosario y la meditación».<sup>101</sup> Así pues, la oración que lleva a salir de uno mismo para unirse a Dios y salir al encuentro de los hermanos es fundamental en la comprensión y vivencia de la Santa Misa.

<sup>96</sup> JUAN PABLO II, Carta apost. *Vicesimus quintus annus*, n. 7.

<sup>97</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 33.

<sup>98</sup> FRANCISCO, *Homilía en la iglesia del Gesù*, 3.I.2014.

<sup>99</sup> Cfr. Mc 3, 14.

<sup>100</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía en una ordenación sacerdotal*, Roma 3.V.2009.

<sup>101</sup> *Ibidem*.

En este sentido, unas palabras de san Josemaría reflejan de modo admirable esta idea: «Vivir la Santa Misa es permanecer en oración continua; convencernos de que, para cada uno de nosotros, es éste un encuentro personal con Dios: adoramos, alabamos, pedimos, damos gracias, reparamos por nuestros pecados, nos purificamos, nos sentimos una sola cosa en Cristo con todos los cristianos». <sup>102</sup> Eucaristía: oración que aúna filiación divina y fraternidad; he ahí una escuela de vida.

Se entiende ahora mejor el consejo de Benedicto XVI, «en toda forma de esmero por la liturgia, el criterio determinante debe ser siempre la mirada puesta en Dios. Estamos en presencia de Dios; él nos habla y nosotros le hablamos a él. Cuando, en las reflexiones sobre la liturgia, nos preguntamos cómo hacerla atrayente, interesante y hermosa, ya vamos por mal camino. O la liturgia es obra de Dios, con Dios como sujeto específico, o no lo es. En este contexto os pido: celebrad la sagrada liturgia dirigiendo la mirada a Dios en la comunión de los santos, de la Iglesia viva de todos los lugares y de todos los tiempos, para que se transforme en expresión de la belleza y de la sublimidad del Dios amigo de los hombres». <sup>103</sup>

#### ABSTRACT

El Concilio Vaticano II, siguiendo los pasos del movimiento litúrgico y del magisterio anterior, proclamaba con fuerza en la constitución *Sacrosanctum concilium* que los cristianos no podían seguir asistiendo al misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones participarán consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada: dejándose instruir por la Palabra de Dios, fortaleciéndose en la mesa del Señor, dando gracias y aprendiendo a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la Hostia inmaculada. En este artículo queremos desarrollar y profundizar, siguiendo el magisterio de los últimos Romanos Pontífices, esta intuición conciliar.

Las palabras de este número 48 de la constitución conciliar recogen la famosa expresión: “per ritus et preces” que, leída en su contexto, muestra la gran importancia de ambos, ritos y oraciones. Como marco y a la vez puerta de ingreso en este estudio proponemos unas palabras de la instrucción *Redemptionis sacramentum*, en estrecha relación con la expresión “per ritus et preces”. Se trata del número 5 de esta instrucción: “las palabras y los ritos litúrgicos, que son expresión fiel, madurada a lo largo de los siglos, de los sentimientos de Cristo y nos enseñan a tener los mismos sentimientos que él (cf. Flp 2, 5); conformando nuestra mente con sus palabras, elevamos al Señor nuestro corazón”. Adquirir los sentimientos de Cristo es todo un programa de vida que la liturgia hace posible. Trataremos de desarrollar esta idea a lo largo de este trabajo.

<sup>102</sup> J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*. Edición crítico-histórica, n. 88a.

<sup>103</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los monjes cistercienses de la abadía de Heiligenkreuz*, 9.IX.2007.

The Second Vatican Council, following in the footsteps of the liturgical movement and the previous magisterium, strongly proclaimed in the *Sacrosanctum concilium* that Christians could no longer attend the mystery of faith as strangers and mute spectators, but that by understanding it well through the rites and prayers they would participate consciously, piously and actively in the sacred action: letting themselves be instructed by the Word of God, strengthening themselves at the table of the Lord, giving thanks and learning to offer themselves by offering the immaculate Host. In this article we would like to develop and deepen this conciliar intuition, following the magisterium of recent Roman Pontiffs. The words of this number 48 of the conciliar constitution take up the famous expression: "per ritus et preces" which, read in its context, shows the great importance of both rites and prayers. As a framework and at the same time a gateway to this study, we propose some words from the instruction *Redemptionis sacramentum*, closely related to the expression "per ritus et preces" just quoted. It is number 5 of this instruction: "the liturgical words and rites, which are a faithful expression, matured over the centuries, of the sentiments of Christ and teach us to have the same sentiments as he had (cf. Phil 2:5); conforming our minds to his words, we raise our hearts to the Lord". Acquiring the sentiments of Christ is a whole program of life that the liturgy makes possible since. We will try to develop this idea throughout this work.